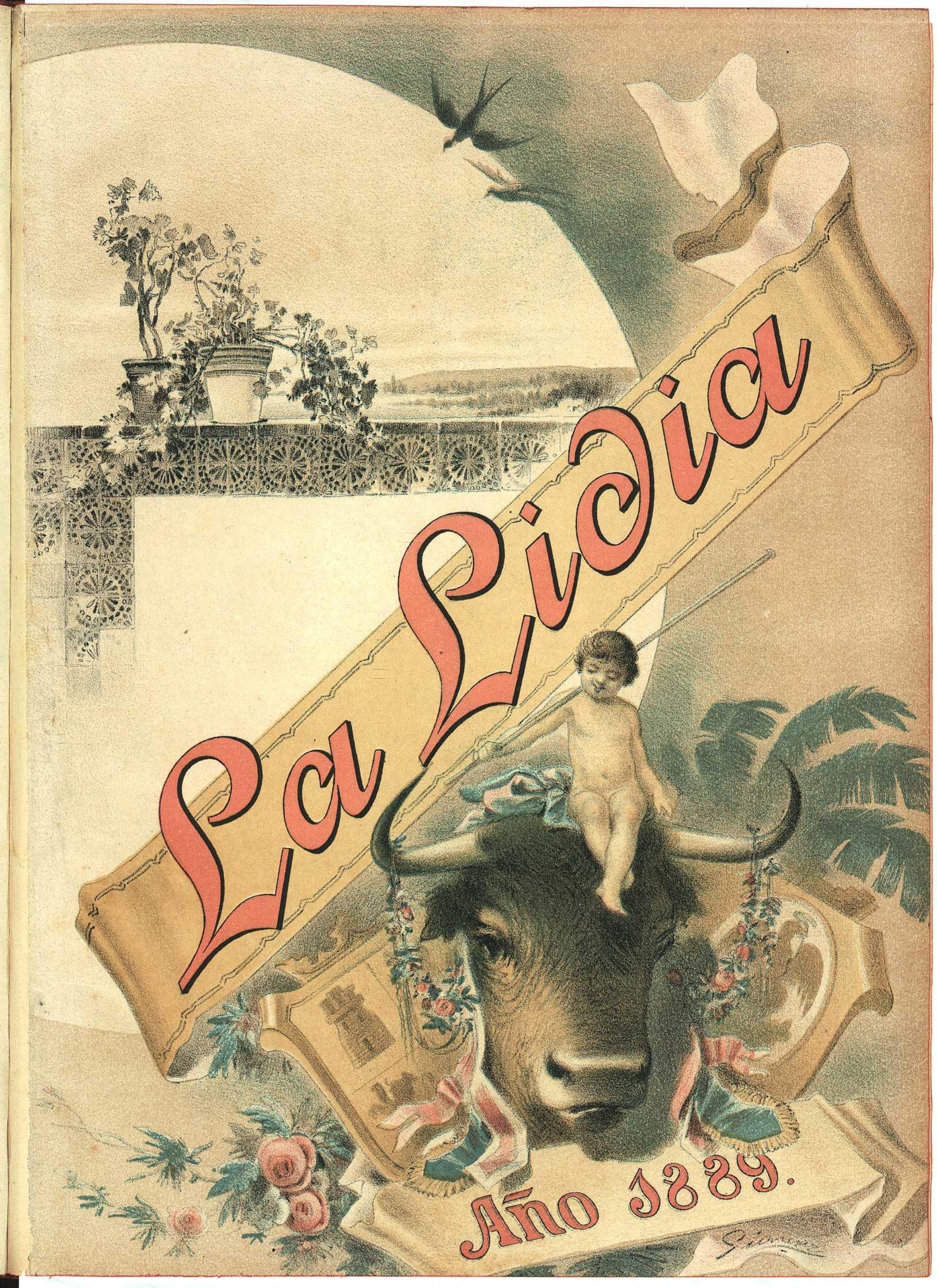


La Piedad

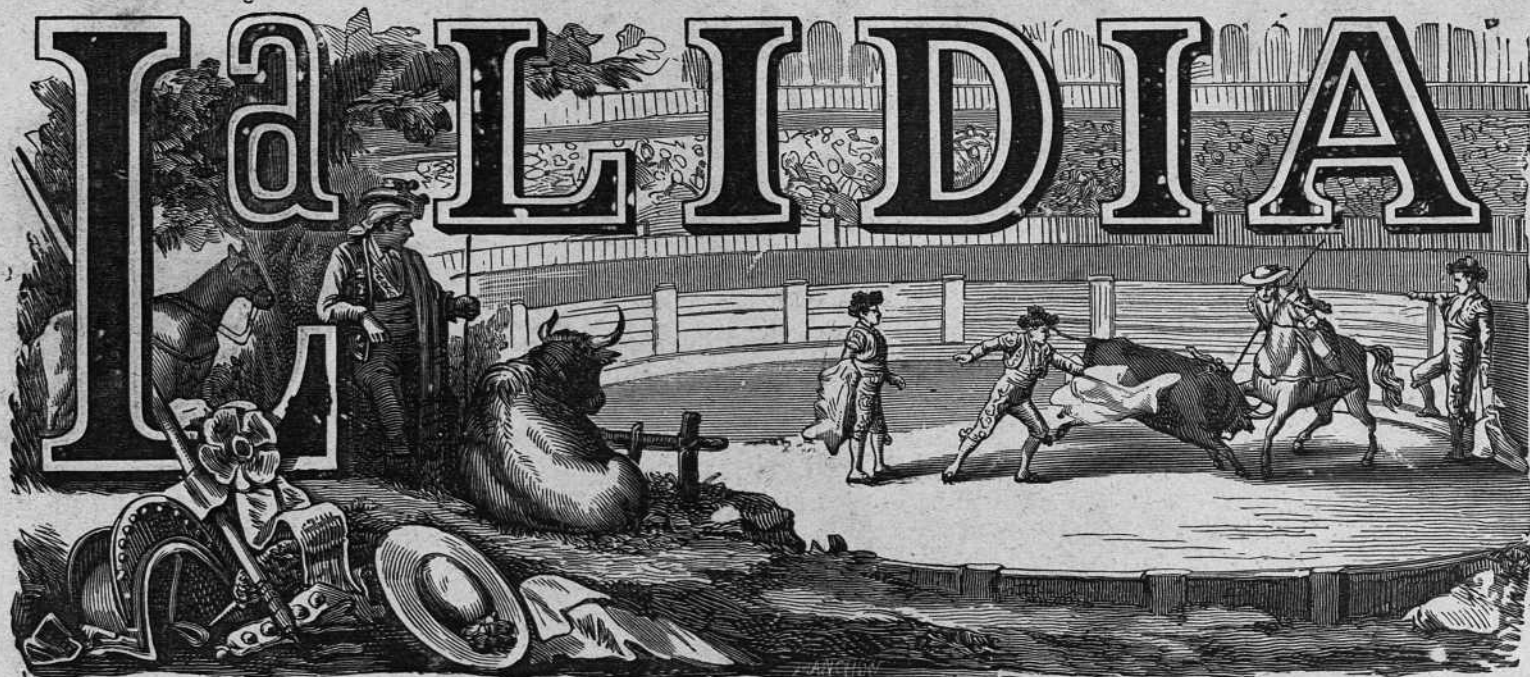
Año 1889.

Guerra





NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre. Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Lo futuro y lo pasado, por J. Sánchez de Neira.—*¡Allelúia! ¡Allelúia!* por Sobaquillo.—*Nuestro dibujo*, por Carlos Ossorio y Gallardo.—*Costumbres españolas*, por José María Asensio.—*Ganando terreno*, por Mariano del Todo y Herrero.—Noticias.—Anuncios.

Lo Futuro y lo Pasado.

ENTRAMOS hoy en el año VIII de nuestra publicación.

Los mismos propósitos que nos guiaron al empezarla, abrigamos hoy: mayores y de más extensión, si es posible, porque el público con su constante y creciente favor nos obliga á poner de nuestra parte decidido empeño en que LA LIDIA sea siempre el primer periódico taurino de España y del extranjero, por sus condiciones especiales. Si en toda ocasión nos hemos esmerado para que nuestros dibujos llenen la curiosidad de los aficionados, y de los que no siéndolo tienen amor á las brillantes obras que trazan con su inimitable lápiz los reputados Perea, Chaves, Ferrant y otros notables artistas que son verdaderas especialidades en la ejecución de suertes taurinas, no hemos de cejar en la senda emprendida; que nuestra gratitud nos impone ese deber y nuestro buen nombre lo exige. Si las doctrinas sustentadas en LA LIDIA por los más distinguidos escritores taurómacos que sus columnas han honrado, han sido constantemente aceptadas como la expresión de las verdaderas reglas del arte de torear; si al describir ó relatar hechos históricos ignorados, ó al menos no publicados, hemos satisfecho cumplidamente el buen gusto de nuestros lectores; si al hacer apreciaciones sobre el mérito de los diestros, lo hemos realizado sin herir susceptibilidades, siempre con imparcialidad y con el mejor deseo, así hemos de continuar, los mismos principios hemos de sostener, parecidos artículos de costumbres, históricos ó estadísticos, insertaremos en lo sucesivo, y con igual independencia trataremos lo concerniente al trabajo de los toreros, como la conducta de la Empresa, ganaderos y autoridades. Nuestra posición independiente nos permite cumplir con desembarazo ese cometido, y ni los gastos nos asustan, ni los compromisos nos arredran. Claro es que de cada uno de los artículos que vean en nuestro semanario la luz pública, responde la firma que le suscriba, y que por lo tanto ha de haber diversidad de opiniones, alguna vez

sobre hechos concretos y determinados—que en ello nada pierde y puede ganar mucho la ilustración de nuestros lectores;—pero en lo que sea la base del arte de torear, en la observancia estricta de las reglas que dictaron llo y Montes, no admitiremos otra interpretación que la que dieron con aplauso general los que acerca de ella escribieron. Muchos años llevamos cumpliéndolo de ese modo, y á fe que no tenemos motivo para arrepentirnos.

Será, pues, LA LIDIA lo que ha sido; y si en ella cupiese alguna mejora, no duden nuestros favorecedores que no tardaremos en adoptarla como lo venimos verificando desde nuestra ya antigua aparición en 1882.

**

¿Y qué serán las corridas de toros en el presente año? ¿Quién es capaz de adivinarlo!

Formando en nuestra mente conjeturas mejor ó peor fundadas, recordando antecedentes, examinando facultades y apreciando deseos, vamos á presentar algunas observaciones que permitan á los aficionados formar juicio acerca de lidiadores, ganado y todo lo demás que constituyan las corridas en la Plaza de Madrid.

Tócale á la Empresa el primer lugar:

Por mala combinación de diestros contratados, por la presentación en la arena de ganado de segundo orden, y por otras circunstancias que á los espectadores nada importan, particularmente consideradas, pero que refluyen contra ellos en general, las funciones no han sido en el pasado año lo que debieron ser, y la ausencia de numeroso público ha dado á entender á los empresarios que, en asuntos de tauromaquia, para ganar hay que gastar, y que la afición necesita estímulos de primera fuerza para salir del marasmo que de ella va apoderándose.

¿Lo ha conocido así el empresario único Mazzantini, á quien sigue representando el señor Romero Flórez, para proponer y obtener de su antiguo consocio Menéndez de la Vega, la rescisión de la sociedad que tenían constituida para la explotación de nuestra Plaza de Toros? No lo sabemos ni nos importa atribuirlo á otras causas. Ello es, que por escritura de 19 de Enero último, ante el notario de Madrid don Eulogio Barbero y Quintero, ha quedado dueño del arrendamiento del circo de la calle de Alcalá el mencionado matador de toros, á quien parece animan los mejores deseos para complacer al público.

El acreditado espada no llevará á mal le

digamos qué es lo que tenemos derecho á esperar de él como empresario, ni deben ofenderle nuestras observaciones, que tal vez explenemos en sucesivos artículos, si para ello hubiese motivo. Quiere el público que los picadores piquen y no entreguen caballos á cambio de cornadas por garrochazos; quiere que solo los peones, y nadie más, corran los toros y que sea por derecho, desterrando el vicio de las medias verónicas; quiere que los banderilleros no preparen las reses para la suerte, sino que ellos hagan lo que aquellas indiquen; quiere ver únicamente al espada en la suerte de matar, sin ayudantes ni mentores; quiere más conciencia en todos los toreros y menos teatro; y quiere, en fin, mejores toros, de más edad y de buen nombre. Sobre todo y ante todo, buen ganado, que con él y con las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini y Guerrita, es posible que se despierte en el público la afición adormecida, y la Empresa no experimente los contratiempos sufridos en el pasado año. Claro es que la Empresa no puede remediar todo lo dicho, *pero sí dar buenos toros.*

Se dirá que el primero y último de los espadas citados, han trabajado bien y con aceptación en el pasado año, y si durante él no consiguieron llevar al circo todo el número de personas que necesita para que se vean llenas sus localidades, no hay motivo para creer que en la temporada próxima suceda lo contrario. Aventurado es, á no dudarlo y como llevamos dicho, cualquier vaticinio que sobre el particular se haga; pero las opiniones contrarias á aquella afirmación, es posible se fijen detenidamente en que Lagartijo, cuyo modo de torear es de puro adorno en su esencia, practica con menos arte la suerte de matar, en la mayoría de las veces que la ejecuta; no porque no la comprenda, que harto sabe para sí, ni porque haya demostrado en el año anterior poca voluntad, sino porque no puede prescindir ya, más de largo ó más en corto, de su acostumbrado *tranquillo* del paso atrás y el cuarteo. Para completar su trabajo de faena, viene ahora Frascuelo, en quien no cabe el adorno porque sobra la verdad, y unidos los poderosos elementos de ambas inteligencias superiores, han de verse hermanadas la astucia con la nobleza, la sagacidad con la valentía, la maña con el arte, y eso no sucedía en el pasado año, en que por muchas que fuesen la audacia y facultades de Guerrita, veíase más jugueteo que verdad, más deseos que inteligencia.

Hay además la esperanza de que este diestro, ansioso de aplausos justos, al oírlos para otro, ha de querer conquistarlos en su provecho, é imitando á Frascuelo en el supremo trance, se arrancará cortó y derecho, y *esperando*, no lo hará fuera de cacho ni apartará los pies uno de otro saliendo del centro de la suerte. O mucho nos equivocamos, ó nadie como ese lidiador ha de ganar tanto en su aprendizaje teniendo al lado para torrear al maestro Lagartijo, y para estoquear al maestro Frascuelo. Que se deje de monadas y vaya á la verdad, sin desaprovechar la ocasión que tan propicia se le presenta. Cuanto á Mazzantini, cuya especialidad son los volapies netos y puros, en su interés como matador está el conservarse á buena altura progresando siempre; y como empresario, aplaudimos sin reserva su propósito de atender en los ajustes de cuadrillas, antes á la calidad que á la cantidad, y la innovación de presentar dos espadas de primera en las corridas, á estilo antiguo, sin razón olvidado desde Cayetano y Tato, y antes Cúchares y Chiclanero, Cándido y Curro Guillén; pero tenga entendido, y no se canse él ni nadie de oírlo, que *si no presenta toros de edad, bravura y respeto, las funciones irán de mal en peor*, porque no sirven la habilidad y el denuedo de los diestros con bichos mansos y endebles, ni el público concede mérito á los diestros cuando lidian becros uteros ó cuatrefios.

Los lidiadores que tomaron parte en las temporadas últimas bien queridos son de los aficionados madrileños, y sin embargo, éstos no concurrían á las funciones por la razón antedicha, viéndose el circo despoblado como hacía años no se veía hasta el pasado 1888.

Reflexione sobre esto la nueva Empresa, que la importa mucho.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

ALLELUIA! ALLELUIA!

HCHENSE las campanas á vuelo; retumben los cohetes en el aire; háganse bélicas salvas por mar y por tierra; resuenen atabales y atambores; fatíguense los ecos repitiendo vítores y lililfes; haya jaleo, ármese zambra, venga tela.

Alleluia! Alleluia!

No es que haya resucitado Cristo; ni que celebremos la Pascua; ni que hayamos asegurado para la temporada que hoy empieza buen tiempo, buen ganado y buenos toreros; ni siquiera que hayamos dejado de hablar y de oír hablar de la causa seguida «por asesinato é incendio á Higinia Balaguer y otros».

Motivo más grande que todos esos para la explosión de júbilo y alborozo que pido, es el haber encontrado, al fin, en fin y por fin, un escritor extranjero que al hablar de España y sus corridas de toros, lo hace con buen acuerdo, buen gusto y buen sentido.

¿Hay ó no hay razón para jalearle por todo lo alto?

El Sr. Julio Barroil—que este es su nombre—dió una conferencia en el Círculo Filológico de Florencia la noche del 11 de Febrero próximo pasado, con el título y tema de *Tauromachia*, y si bien la prensa española ha dado noticia del suceso á título de curiosidad, nadie ha hablado con los debidos pormenores—que yo sepa—del trabajo en sí mismo, que he tenido el gusto de recibir pocos días hace, impreso en un folleto muy pulcro y muy lindo, y con esta dedicatoria, que transcribo para solaz del bienhumorado lector:

AL SIGNOR D. SOBAQUILLO

DONO DELL'AUTORE

G. BARROIL.

El gazapo de ponerme el *Don* (como si no fuera bastante *don* el del folleto) es quizá el único que he cogido á *Don* Barroil, y para eso se le ha escapado de puertas afuera. De puertas adentro, el opúsculo *Tauromachia* es un dechado de exactitud, que puede proponerse como modelo á los extranjeros, sobre todo á los franceses, que tanto desbarran al hablar de estas cosas.

De Francia es oriundo el Sr. Barroil, pero lo único que conserva de su abolengo es el *esprit*; pues en lo demás, en los fundamentos antropológicos sobre los cuales basa el estudio de la afición á las corridas de toros y en las conclusiones racionales á que le lleva la resultante de los hechos, y no el capricho de la opinión individual, se reconoce al compatriota serio y culto del ilustre profesor Mantegazza y del insigne César Lombroso.

¿Quién habla de suponer que en una sociedad científica de Italia iba á invocarse, con mucha formalidad y ante un auditorio ilustradísimo, nada menos que al autor de *L'uomo di genio*, á propósito de Lagartijo?

Al que lo supusiera se le tomaría por un bromista á *outrance* ó por un fanático ridículo de Rafael Molina; y sin embargo, ahí tienen Uds. el siguiente párrafo (que dejo en italiano para conservar todo su sabor) escrito por un hombre de ciencia al estudiar antropológicamente nuestro famosísimo torero:

«Lagartijo ha una fisonomia che ti resta impressa nella mente. Nel vederlo, l'osservatore riconosce un uomo che agli altri non assomiglia. Quasi tutti gli uomini di genio, hanno qualcosa che li distingue dal resto dei mortali. E nel suo genere Lagartijo è un genio, e come tutti gli uomini di genio, è strano e bizzarro...»

Ocioso es decir que, para llegar á penetrarse tan vivamente de la importancia que tiene un torero dentro de su arte, el Sr. Barroil aprovechó admirablemente su viaje á España, y no perdió corrida alguna en Madrid, Barcelona, Sevilla, Granada, etcétera, y tomó notas, compulsó datos, estudió los libros de más interés, leyó periódicos, coleccionó estampas, oyó á aficionados y toreros, visitó la casa de Lagartijo en Córdoba, hasta se detuvo en las plazas y calles á ver cómo jugaban los muchachos al toro, sintió, en fin, la cosa, y se enteró cumplidamente de ella, hasta dar quince y falta á muchos españoles que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

No se crea por esto que el Sr. Barroil, en la sôbria pero expresiva y exacta reseña que hace del toreo, su historia, sus principales suertes, sus hombres, sus *dilettanti*, etc., concluye por hacer el panegírico entusiasta é incondicional de las corridas de toros.

Por más que las haya estudiado sincera é imparcialmente, acertando á apreciar todo cuanto hay en ellas de seductor, brillante, esforzado y viril, *non si può negare*—dice al final de su conferencia—*che questo giuoco non sia sanguinario barbaro e crudele*; pero sabe atenuar esta conclusión, aprovechando algunos argumentos de un libro que escribió el que esto firma, consignando la explicación que de estas aficiones y espectáculos dan las leyes de la herencia y atavismo, y conviniendo, finalmente, en que la atención de cuantos aman el progreso de la humanidad y apetecen su perfección debe fijarse más principalmente en otra clase de diversión que ha costado á la humanidad millones y millones de victimas.

¿Y dice bien el hombre!

Mientras las naciones que más presumen de adelantadas y cultas continúen llamando «la excelsa carrera de las armas» y «el noble arte de la guerra» á un ejercicio que no consiste, en resumidas cuentas, sino en destrozarse horrorosamente los hombres entre sí, ¿quién tiene derecho á injuriar á los españoles porque gusten de ver lidiar reses bravas?

Cuando la ciencia más acreditada en este siglo de las luces es la ciencia de muleta y estoque que emplea un Bismarck contra sus prójimos, no hay para qué escandalizarse de que Lagartijo, Frascuelo y Guerrita hagan en nuestros redondeles con las bestias lo que hace aquél en la arena de la política europea con los pueblos, los individuos, las ideas y los intereses más sagrados de la humanidad.

El día en que no haya en el mundo una sola espada dispuesta á traspasar el pecho de un hombre, podremos discutir si deben ó no suprimirse las destinadas á hundirse en las carnes de los toros.

¿No es verdad, Sr. Barroil?

Y aquí hago punto, volviendo á mi *Alleluia!* que no merece menos el espectáculo de ver á un extranjero disertando sobre nuestra fiesta nacional (aparte del juicio ético que ésta le inspira) con buen gusto, buen acuerdo y buen sentido.

Tres cosas ¡ay Dios! que ya van escaseando por aquí tanto como los buenos puyazos, los buenos pares y las buenas estocadas.

SOBAQUILLO

NUESTRO DIBUJO

¡RESURREXIT! 1789

Brilla el sol en el espacio lanzando rayos de plata, y vibran tocando á gloria de la iglesia las campanas. Suave aroma de violetas van repartiendo las auras, y los balcones se adornan, y las rejas se engalanan con rojos claveles dobles y con las benditas palmas, escudos de la pureza, gloriosa enseña cristiana, que parecen lanzas de oro para resguardar las casas. Pasó la semana grande silenciosa y enlutada, entre oraciones y ayunos y estaciones y plegarias, y ya el bullicio renace y rompen las nubes pardas trozos del azul más vivo y horizontes de escarlata. Lanzan más trinos los pájaros, hay más nidos en las ramas, más ardores en las brisas y más brisas perfumadas; mientras que en el templo agosto los crespones se desgarran, y entre oleadas de incienso que sube á regiones santas, y entre raudales de arpegios que el órgano alegre lanza, y el aleteo de tórtolas y el ruido de las campanas, —¡Resurrexit!—dice el labio; —¡Resurrexit!—siente el alma plétórica de consuelo, de ilusiones y esperanzas, y ¡Resurrexit! pregona el eco á largas distancias. Que es día de fiesta dicen las mujeres, y sus galas, y los vestidos de seda, y las peinetas de nácar que van destellando chispas bajo las mantillas blancas, nimbos de espuma que cercan los rostros de las muchachas. Que es día de fiesta dice la corrida extraordinaria, donde un conjunto de notas brillantes como unas áscuas, bullen, bailan, saltan, giran, formando inmensa cascada de colorines y estrellas y luceros y pestañas. La plaza no está muy lejos y hay que acudir á la plaza, que mata Joseph Delgado y sabido es cómo mata; y en el camino que media, acertando la distancia, tal animación se observa, tanta vida se desata que el señor Francisco Goya sólo es capaz de pintarla. Los caballos, enjaezados á la moda sevillana, lucen cargados de borlas sus hebillajes de plata y sus mantas de Linares, donde figuran bordadas, entre arabescos caprichos, cordobesas filigranas, plumas, pájaros y flores, y letras entrelazadas. Las mujeres van prendidas con alamares de plata, y con madroños y encajes cubren su sedosa falda. Lucen mantillas de blonda con madrileña arrogancia, y al subir á la calesa excitan amantes ansias, cruces que las galgas forman sobre la media calada. A los primeros albores conque el sol á Madrid baña el día que suena el órgano y enmudecen las carracas, los campos visten espléndidos sus alfombras de esmeralda; las perlas que dió el rocío vida prestan á las plantas; las doradas mariposas baten inquietas sus alas; rompen sus yemas las flores, recogen besos las auras, y al ¡Gloria in excelsis Deo! la naturaleza estalla en sinfónica armonía de gorjeos y plegarias.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS

TOROS EN CÁDIZ EN 1578

Al Sr. D. Francisco R. de Uhagón.



AY en los pueblos rasgos característicos que no se alteran por el transcurso de los siglos, costumbres también que parecen nacidas del carácter, y son, como él, inalterables.

Corría el año 1578. En un hermosísimo día de los últimos del mes de Junio, la bahía de Cádiz presentaba uno de esos espectáculos que no por haberse repetido muchas veces pierden su encanto, siendo, por el contrario, la admiración de cuantos en alguna se recrean contemplándolos.

Bajo el azul de un cielo purísimo, á la brillante luz del sol deslumbrador de Andalucía, se deslizaban por las tranquilas aguas multitud de galeras, dando todo el velamen al favorable viento que las impulsaba, y galanamente empavesadas todas ellas con gallardetes, flámulas y banderas de variados colores.

La que delante de todas marchaba, grande por sus proporciones, majestuosa en su porte, notable por la riqueza de sus adornos, por su aseó y gallardía, ostentaba en el palo mayor el estandarte real de Portugal.

La entrada de una escuadra en el puerto de Cádiz es, en verdad, espectáculo indescriptible. Eralo aún más en aquella ocasión, por las singulares circunstancias que concurrían á darle interés y prestarle solemnidad y atractivo.

A bordo de aquella galera que á todas las otras precedía, venía el rey D. Sebastián de Portugal, acompañado de la primera nobleza del reino. En las demás embarcaciones, la parte más lucida, los veteranos del ejército portugués venían á Cádiz para tomar en ellas á los dos mil españoles que al mando de D. Alonso de Aguilar debían ayudar á los lusitanos en la campaña de Africa.

No había merecido esta expedición el concurso, ni la aprobación siquiera, del monarca español, ni de sus experimentados generales; pero entre las muchas tropas auxiliares que componían el ejército se permitió que concurrieran los soldados españoles. Ya desde Lisboa habían pasado á Ceuta grandes fuerzas y el resto marchaba con el rey, que había de mandar en jefe y dirigir las operaciones.

Desde que la armada portuguesa dió vista á Cádiz, no cesaban los fuertes de la plaza de hacer salvas para saludar al monarca lusitano. Bombardas y falconetes, culabrinas y cañones, atronaban con sus disparos; el humo oscurecía la atmósfera; repicaban las campanas, y en tanto que las galeras entraban y daban fondo en bahía se fueron poblando las aguas de miles de barquillas empavesadas que acudían al recibimiento llenas de pasajeros; aumentando la animación el gran número de personas que se agolpaba al puerto para presenciar el desembarco. — En una falúa ricamente preparada, vestida en el interior de brocados de seda con grandes cojines recamados de oro, impulsada por muchos remeros de brillante uniforme y seguida de otras varias también adornadas con profusión y riqueza, se adelantó hasta la galera real el duque de Medina Sidonia.

Bajó el rey la escala entre los acordes de la música y el estrépito de la artillería, tomando asiento en el puesto de honor á popa de la falúa, que partió velozmente hacia tierra seguida por las otras de respeto, en que habían entrado los nobles, capitanes y altos dignatarios que le acompañaban.

Hospedóse el rey D. Sebastián en la hermosa casa del señor D. Luis Valenzuela, situada, según parece, en la esquina que formaba la calle del Hondillo con la Plaza de la Corredera, desde cuyos balcones se disfrutaba un extendido panorama, descubriéndose toda la parte media y occidental de la bahía, y al lejos limitando el horizonte las sierras de Jerez y de Medina, en cuya falda se ven las pintorescas poblaciones del Puerto de Santa María y la isla de Rota.

El duque de Medina Sidonia, capitán general de Andalucía, y el regimiento de la ciudad de Cádiz, en el que tenía asiento D. Luis Valenzuela, hicieron cuantos esfuerzos puede imaginarse para obsequiar dignamente al monarca que hospedaban y á la escogida corte que formaba su séquito, haciéndoles agradable la estancia en el territorio español.

Entre las funciones preparadas, y como uno de los festejos más regocijados y notables, figuró una fiesta de toros.

Divertidísima fué, indudablemente, si hemos de dar crédito á las escasas noticias que se pueden recoger en algunos historiadores; porque sus accidentes y peripecias, así como la pompa y boato que se desplegó en ella, semejan á los que la lozana imaginación de D. Nicolás Fernández de Moratín reunió para embellecer sus incomparables quintillas de la *Fiesta de toros en Madrid*, que supone en los tiempos del Cid Campeador.

Se había cerrado la Plaza por todas las calles que á ella daban entrada con fuertes vallas de madera, levantándose frontero á la morada del rey un extenso

tablado y gradería que circunvalase por aquella parte el coso. Adornadas estaban las fachadas de las casas y edificios públicos con vistosas colgaduras de seda de vivos colores, con ricos y variados tapices; y algunas ostentaban costosos decorados que causaban admiración.

Llenáronse los estrados de bellísimas damas y apuestos caballeros, no solamente de los moradores de Cádiz, sino también de los pueblos comarcanos, todos ataviados con sus mejores trajes y preciosas joyas, atraídos por la curiosidad de ver de cerca á aquel monarca, cuyo nombre era tan popular é iba ya rodeado de una aureola fantástica, de una fama de temeridad y arrojo que aumentaba en todos el deseo de conocerle. En las graderías se agolpaba la muchedumbre del pueblo, de soldados y marineros, muchachos y labriegos de las vecinas poblaciones que se apiñaban y empujaban, gritando en tumultuosas voces, producidas ora por la alegría, ora por la impaciencia, por la inquietud ó por las molestias; corriendo á veces de un lado á otro con algazara y confusión, sin que pudieran conservar el orden las escuadras de tropa situadas en la Plaza para tal objeto.

La animación era mucha y ruidosa; la concurrencia de todas las clases, numerosísima, crecía por momentos, haciendo imposible que pudieran colocarse los que nuevamente llegaban,....

Mas la fiesta en que gozó
la popular alegría
muchas heridas costó.

Cuando cesaron los acordes de la música y ocuparon su lugar todos los que componían el acompañamiento del monarca portugués y del duque, hicieron vistoso alarde de sus galas muchos caballeros que en briosos potros andaluces, con gran número de escuderos y pajes lujosamente vestidos, desfilaron ante el balcón regio, haciendo complicadas evoluciones, y tomaron puesto en la Plaza detrás de las vallas preparadas al efecto, para ir saliendo sucesivamente á clavar rejonos y torear de diferentes maneras.

Los aplausos de la multitud, los saludos y el vocerío duraban aún, cuando dieron suelta á un hermoso toro que recorrió la Plaza en breves instantes, levantando nubes de polvo en su carrera, y que rodó al punto por la arena, descabellado por la certera lanza de un caballero de Vejer de la Frontera. Las palmadas y los vítores ensordecieron los aires, retirándose el aplaudido jinete; salió el segundo toro; más pausado que el anterior, aunque de mayor corpulencia, girando la vista en derredor como buscando objeto á su acometida. Lo encontró muy luego. Un nuevo caballero corrió hacia el centro de la Plaza, con el caballo muy levantado y el rejón en la diestra... pero no tuvo tiempo de clavarlo... Partió la fiera,

cual flecha se disparó
despedida de la cuerda;

derribó al caballo y al jinete; mas antes de que pudiera volver sobre ellos, tres ágiles peones le distrajeran con capotes de color rojo, y otros no menos diestros se le acercaron con afiladas lanzas y desjarretaron sus piernas, imposibilitándole para nueva embestida. Diéronle muerte, y arrastrado por arrogantes mulas fuera de la Plaza, dió lugar á la entrada del tercero. Era ligerísimo de pies y de mucha vista, y en un momento dió vuelta á toda la Plaza, limpiándola de peones y jinetes que huían de su furia, sin que ninguno pudiera ofenderle.

Avanzó á rejonear un caballero ayudado por varios escuderos á pie; mas antes de que pudiera entrar en la suerte, se lanzó la fiera con la velocidad del rayo, alcanzó á uno de los que con los capotes quisieron distraerle, dejándole herido en tierra, y persiguió á los demás, haciéndoles retirar en pronta huida. No fué más feliz el segundo, que con temor notorio se adelantó con rápido paso, como el que cumple un deber, en la seguridad de no obtener un buen resultado. Herido su caballo sin que él tocara al toro, arrancó en vertiginosa carrera, y los peones abandonaron la lidia por socorrer á su señor.

Y hubo algunos momentos de confusión y de pánico, en los que la Plaza quedó limpia.

Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo;

el pueblo aplaudía enardecido, estimulábanse los jóvenes unos á otros á probar fortuna, mostraban temor las damas, los nobles gaditanos se encontraban indecisos ante el peligro, viendo suspendida la solemne fiesta, cuando en medio de la gritería incesante, del tumulto y la agitación que por todas partes reinaban, montó en un brioso tordillo de Córdoba el huésped del monarca lusitano, el Sr. D. Luis Valenzuela, y seguido de un solo escudero á pie se dirigió pausadamente, y con la vista fija en la fiera, al terreno que ésta ocupaba.

Unánimes aclamaciones resonaron en todos los ámbitos del coso:

No habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero;

agitaban las damas los pañuelos; los hombres con los sombreros saludaban al valeroso D. Luis; pero de repente se produjo general silencio al ver que el toro se volvía hacia el caballero y escarbaba la tierra, prepa-

rando feroz embestida. El temor se pintó en todos los semblantes.

Vestía D. Luis lujoso traje de terciopelo rojo con pasamanerías y botones de plata; en los pasadores y herretes brillaban gruesas piedras que lanzaban rayos de luz al ser heridas por los del sol, y sujetaba las plumas de su birrete un precioso cintillo de brillantes. El paje vestía los mismos colores, y bordada también de plata y perlas era la mantilla de grana y los paramentos del caballo.

No llevaba el caballero lanzilla ó rejón en la mano, se adelantaba al paso de su corcel, y solamente cuando estuvo á regular distancia del toro puso mano á la espada y paró en firme, esperando la embestida. Receosa la fiera de aquel enemigo que frente á frente la desafiaba, bajó nuevamente la cerviz, resopló con extraordinaria fuerza la tierra y se lanzó rápidamente sobre su adversario; pero en el momento mismo de arrancar, su paje se apartó del caballo cuatro pasos y agitó su capote de grana, cortando en parte el ímpetu de la carrera; y aprovechando aquel instante don Luis adelantó con presteza y pasando por el lado derecho del toro le clavó la espada con tan certera vista y seguro pulso, que entrando por el cuello apareció la punta ensangrentada entre los brazuelos del animal, que dió algunos pasos, vaciló breves momentos y rodó por la arena bañado en sangre.

Continuaron sin interrupción las fiestas en los ocho días que el rey D. Sebastián y su corte permanecieron en Cádiz.

El caserío de la ciudad no era bastante á contener la muchedumbre de la gente, y en el extenso campo que llamaban entonces de la Jara, y comprendía todo el espacio que media desde donde hoy vemos la calle de la Amargura hasta las ermitas de Santa Catalina y San Sebastián, en medio de los viñedos que poblaban aquel fértil terreno, se levantaron tiendas donde se albergaron los soldados, y se formó una tela en la que justaron varios días los caballeros españoles y portugueses, corrieron pólvora y tuvieron lugar otros muchos divertimientos públicos.

En los primeros días del mes de Julio se embarcaron de nuevo en las galeras los soldados portugueses, llevando en su compañía á los voluntarios españoles, al mando de su animoso jefe D. Alonso de Aguilar.

El 4 de Agosto, en los funestos campos de Alcazar-Kevir fué completamente destruido el lucido ejército; de los 17.000 hombres que lo formaban solo escaparon con vida algunos centenares; murió el arrojado rey D. Sebastián, y á su lado sucumbieron heroicamente todos aquellos nobles, tan jóvenes, tan gallardos, tan ricos, que un mes antes prestaban alegría y animación á los festejos gaditanos.

Han pasado más de tres siglos desde aquellos días en que el rey D. Sebastián y su corte se hospedaron en la ciudad española. En los historiadores y en las memorias contemporáneas hemos buscado detalles de aquel suceso, que debió ser muy notable, y no hemos podido encontrar todos los que hoy apetecen la curiosidad erudita; pero la lectura de las indicaciones que algunos de ellos consignan, aunque todos esos pormenores no puedan presentarse como rigurosamente históricos, nos ha hecho reflexionar sobre la verdad que encierran los primeros renglones de este artículo.

Grandes vicisitudes y trastornos ha sufrido nuestra España desde la visita á Cádiz del rey D. Sebastián de Portugal hasta la época presente; muchas y grandes revoluciones la han agitado; importantísimos adelantos ha realizado, cambiando, puede decirse, por completo su manera de ser política y social, económica y administrativa y hasta doméstica. — Cruzada por los caminos de hierro; comunicada instantáneamente por el telégrafo con las más apartadas regiones; iluminada por el gas y por la electricidad... á punto quizá de navegar por el interior de los mares dando nuevo testimonio del genio de sus hijos, ¿qué haría hoy España si en Cádiz ó en Sevilla hubiera de dar hospedaje y procurarse agasajar á algún poderoso monarca? —

Ciertamente en el variado plan de obsequios no había de faltar el anuncio de la gran corrida de toros. — En ella, para aumentar el atractivo, tal vez se anunciarían caballeros en plaza, que á la antigua usanza rejoneasen una ó dos fieras; pero de seguro que no serían individuos de la nobleza, ni trabajarían gratuitamente en caballos de su propiedad perfectamente amaestrados y de gran precio por sus excelentes condiciones de raza y edad. Y pasado ese recreo, que en la forma en que ahora se presenta no pasa de ser entremés, sin llegar á comedia, ni tiene carácter, ni da lugar á escenas como las que dejamos descritas, saldrían las cuadrillas capitaneadas por Lagartijo ó por Mazzantini, los cuales con su valor y su agilidad, con su destreza y su gracia producirían en los espectadores tanto entusiasmo como despertó la hazaña de don Luis Valenzuela en los cortesanos del rey D. Sebastián en el año 1578.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

Sevilla, 4 Marzo 1889

GANANDO TERRENO

CERTAMENTE que cuando tenemos dentro de casa asunto que nos distraiga, no paramos mientes en lo que por fuera acontece. Tal sucede con las corridas de toros, espectáculo que, con preferencia á cualquier otro, absorbe tan por completo nuestra atención, que á ellas nos dedicamos en absoluto.

El acostumbrado cuanto necesario reposo á que LA LIDIA se dedica por algunos meses cuando fenecce la temporada, nos ha permitido lanzar una ojeada más allá de las fronteras; y las manifestaciones de la fiesta española fuera de la patria, nos han interesado por extremo y hecho reflexionar sobre cosa que muchos juzgarán como baladí, y que, sin embargo, encierra alguna importancia.

Táchase, ante todo, por los que de civilizados blasonan á diario, de bárbaro y sangriento el toreo sin mixtificaciones ni mojigangas; y ¡cosa rara! á pesar de su inconveniencia y barbarie, piensan en él y hasta intentan implantarle en sus costumbres, países á los que á nadie se le ha ocurrido calificar de salvajes.

¿Qué duda cabe que la civilización y el progreso arraigan como en ninguna parte en esas repúblicas americanas, cuyo nacimiento coincide con la caducidad y el aniquilamiento del viejo continente? Pues esas nacionalidades llenas de exuberancia, son las que principalmente demuestran más apega-dad á la fiesta de toros.

Puede abrigarse la creencia de que siendo los españoles los que primero posaron sus plantas en aquellos riquísimos suelos, sembraron en ellos el germen de sus usos y prácticas. Honroso sería para nosotros el resultado, pero es evidente que aquellas sociedades sanas y viables, hubiesen rechazado ó reprimido cosa que pudiera redundar en su desdoro.

Prueba que no considerarán tan bárbaro é incivil el espectáculo de que se trata, cuando le aceptan por suyo y le fomentan constantemente.

A la cabeza de todas estas regiones marcha Méjico, donde la afición ha superado á la que existe en la tierra clásica del toreo.

Méjico hoy es un receptáculo taurino donde los diestros que, por la abundancia de ellos ó por la falta de méritos necesarios en España, no encuentran trabajo suficiente en las Plazas de la Península, hallan salida y lucro más ó menos considerable en el antiguo imperio de Motezuma.

No hay allí población importante que no cuente con su correspondiente circo taurino; y con indicar que hay tarde en que solamente en la capital funcionan cuatro, los de *Colón*, *Bucarelli*, *Paseo* y *Coliseo*, se comprenderá el entusiasmo que en los mejicanos despierta la tauromaquia.

Aun cuando la mayor parte del personal que compone las cuadrillas que allí actúan procede de España, Méjico cuenta también con toreros del país, y tiene asimismo un toreo propio y exclusivo. En la historia de este se citan notables figuras, que sirven de modelo á los nacionales que á tan peligroso arte se dedican, y que de estudiarlas con detenimiento necesitaríamos llenar muchas columnas y un tiempo de que no podemos disponer.

Practican con suma destreza varias suertes desconocidas para nosotros, como la de banderillar á caballo, debida á su gran destreza de jinetes; la de lazar y otras de seguro efecto y que requieren mucha agilidad y sangre fría; y aunque desconocen la perfección que en nuestro toreo representan Lagartijo y Frascuelo, tienen ya idea aproximada de las dos fases que puede ofrecer como de adorno y aplomado, con la estancia en sus plazas del Gallo y Mazzantini.

La prensa taurina, inteligente y razonada, es más numerosa que la de Madrid, hasta el punto de contarse los periódicos y revistas *La Muleta*, *El Arte de la Lidia*, *El Correo de los Toros*, *El Cencerro*, *El Mono Sabio*, *La Crítica Taurina*, *El Burladero* y algún otro que no recordamos.

Y hasta existe la consiguiente división en la opinión del público, respecto á los méritos de nacionales y españoles, por más que éstos, comprendiendo sus intereses, hagan causa común con aquéllos, y no tengan inconveniente en torear á su lado.

Tenemos, pues, un país, en que nuestra fiesta nacional ha arraigado hasta el extremo de aventajarnos en interés por ella.

En menor escala, pero aumentando de día en día ese misma afición, está la República del Uruguay, en cuya capital, Montevideo, se dan frecuentes corridas por aplaudidas cuadrillas españolas, y se publica *El Toreo Montevideano*.

Lima en el Perú, Chile, Colombia y Guatema-

la, solicitan ya el trabajo y la presencia de nuestros diestros; y prescindimos de la Isla de Cuba por ser una posesión española y diferenciarse poco de la metrópoli en costumbres y aficiones.

Si de América pasamos á Africa, encontramos en Orán y costa del Norte algunos ensayos llevados á cabo, ya por cuadrillas españolas de secundaria importancia, ya por franceses del Mediodía, que tienden al desarrollo de la tauromaquia por esos territorios.

Portugal tiene suficientemente probadas sus aptitudes, y presenta su especialidad en los famosos rejoneadores y pegadores, y más de una ocasión hemos tenido de admirar el arte y pericia de algunos de los primeros.

De intento hemos dejado el ocuparnos de Francia la última, por ser la que da la norma de conducta á todas las demás naciones de Europa, y donde *les courses de toureaux* están perfectamente establecidas en esa parte meridional que se llama el departamento de las Landas.

Contra viento y marea, en las Landas se corren y lidian toros, novillos y vacas bravas, como pudiera hacerse en cualquier punto de España, y no son los saltadores landeses, á pesar de su mérito, lo que más llama la atención de esos honrados regionales, que deben considerar asunto de monta el de las expresadas fiestas, cuando periódicos tan serios como *Le Daquois* (de Dax) dedican algunas columnas al estudio detenido de las corridas de toros.

Tras el planteamiento de las mismas, tiempo há que luchan en París los deseos de los unos contra los escrúpulos de los otros, y no se proyecta acontecimiento notable en la capital del Sena sin que figure ó se quiera que figure en el programa una corrida de toros, siquiera sea en parodia.

Tal acontece en la actualidad, que con motivo de la próxima Exposición, parece que al fin se organizarán algunas, con todo el aparato correspondiente y la indicación de las principales suertes aunque sin consumarlas, para no herir ciertos sentimientos humanitarios; no obstante lo cual nos inclinamos á creer que muchos franceses optarían por la ejecución de la fiesta en toda su pureza.

Agréguese á lo expuesto la circunstancia de no haber inglés, alemán é italiano, que llegue á cualquiera de nuestras poblaciones, cuyo principal empeño no sea el ver una corrida de toros, y díganosen si el espectáculo parecerá tan bárbaro y sangriento como pretenden hacernos creer algunos espíritus pusilánimes, á esas gentes que al llegar á España preguntan antes que por el Escorial y la catedral de Sevilla, por los toros y por los toreros.

Por eso consideramos tan ridícula como inocente la pretensión algunas veces iniciada de suprimir las corridas de toros, y hemos supuesto en el autor de la idea este razonamiento:—No gustándome á mí, no deben gustar á nadie, y, por consiguiente, deben abolirse.

Castigado está quien así piense, volviendo la vista á cualquiera de los puntos arriba indicados, y comprobando la veracidad de lo relatado.

Y ya que tanto alteramos nuestro modo de ser con las importaciones extranjeras que acogemos con regocijo, despreciando las propias, ¿por qué no hemos de abrigar la esperanza de imponer una vez siquiera, nuestros errores (si así lo quieren) á los que tan numerosos nos los ofrecen?

¡Quién sabe! Por el pronto vamos ganando terreno.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Noticias.

La madre del reputado espada Salvador Sánchez (Frascuelo), que cuenta la respetable edad de noventa años, se encuentra gravemente enferma.

Días pasados se le administraron los auxilios de la religión, concurriendo al acto un escogido séquito de amigos y compañeros del valiente matador de toros, demostrándole así la participación que toman en su sentimiento y consideraciones que le merecen.

Mucho celebraremos que el aplaudido diestro no tenga que lamentar este nuevo disgusto.

Las corridas de toros de París han sido definitivamente confiadas á Mr. Adolfo Penne, quien se propone contratar en esta corte las mejores cuadrillas y toros de las más acreditadas ganaderías.

Tendremos al corriente á nuestros lectores de lo que se vaya determinando en este asunto.

Sabido es que en la corrida organizada en México á beneficio del espada español Fernando Gómez (el Gallo) el 20 de Marzo último, tomó parte, á invitación del beneficiado, el primero de los diestros de aquel país Ponciano Díaz, cruzándose con este motivo manifestaciones de cortesía por am-

bas partes, que demuestran las cordiales relaciones que la afición á la fiesta origina entre ambos países, y siendo digna de conocerse la alocución que dicho espada dirigió á sus conciudadanos, que dice así:

«AL PUBLICO.—Invitado cortés y honrosamente por el diestro español Sr. Fernando Gómez (el Gallo) para tomar parte en su corrida de gracia, no he vacilado en aceptar, tanto porque así me lo exige la galantería cuanto por demostrar mi cariño hacia todos los compañeros de arte, sean de la nacionalidad que fuesen. En tal virtud, hemos el Sr. Gómez y yo arreglado una corrida que creemos dejará satisfechas las exigencias de los aficionados.—Para corresponder á la invitación que se me ha hecho, cedo los toros, una parte de los individuos que forman mi cuadrilla y mi personal trabajo.—Deseo para el renombrado diestro español Fernando Gómez, todo lo que yo puedo desear para mí.—Ponciano Díaz.»

Los conocidos sastres Sres. Lacalle y Urosa, se han establecido en la calle de Atocha, núm. 6, frente al Banco de España, donde ofrecen la mejor colección de géneros del país y extranjeros, así como la más esmerada confección de toda clase de prendas.

El próximo número, segundo de LA LIDIA, se publicará el martes próximo, 23, conteniendo el retrato y cogida del malogrado Manene y las reseñas de las corridas extraordinarias y primera de abono, caso de verificarse éstas los días señalados.

ANUNCIOS

La Lidia

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Colecciones del año primero, á pesetas 25.
Idem de los segundo á séptimo año, á pesetas 15 cada una.

Tapas para su encuadernación, á pesetas 4.

OBRAS TAURINAS

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN

<i>Cuernos</i> , por Peña y Goñi.....	Ptas. 6
<i>Bibliografía de la tauromaquia</i> , por Car- mena y Millán.....	» 4
<i>¡Duro ahí!</i> por Sánchez de Neira.....	» 1
<i>La escuela de tauromaquia y el toreo moderno</i> , por P. Millán.....	» 3

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO.

JULIÁN PALACIOS

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 27, MADRID

Talleres montados con todos los modernos elementos para la perfecta ejecución de cualquier trabajo de Litografía e Imprenta.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS DE «LA LIDIA»

Habana.—Viuda de Pozo é hijos, *Galería Literaria*, Obispo, 55, librería.

México.—Diego Barrera, 1.^a de San Francisco, 14, *Tabaquería La Lidia*.

Valparaíso—Fernández, Reyes y compañía, Victoria, 56 y 58.

Montevideo.—Francisco Arroyo, Sarandí, 236, librería.

Orizaba.—Juan C. Aguilar, Imprenta Popular.

Buenos Aires.—Librería y Papelería de Coll Hermanos. Rivadavia 1804 y Chile 2040.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL

DIRECTOR

D. M. OSSORIO Y BERNARD

Contiene 16 páginas de texto, cromos y grabados

Suscripciones: Año. . . . Pesetas 8,50

Administración: Arenal, 27, Madrid.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27, Madrid.

